



Nuevamente, la mujer encendió una fogata y dijo:

-Quédense aquí y, si tienen sueño, pueden dormir un poco. Nosotros iremos a cortar leña. Por la tarde, vendremos a buscarlos.

Cuando llegó el mediodía, Gretel repartió su pan con Hansel, que había esparcido el suyo por el camino.

Pasó la tarde... Cayó la noche y nadie vino a buscarlos. Hansel volvió a consolar a su pequeña hermana:

-Espera, Gretel -le dijo-, a que salga la luna; entonces veremos las migas de pan y ellas nos mostrarán el camino hacia casa.



Al salir la luna se pusieron en marcha. Buscaron las migas, mas no hallaron ninguna pues las bandadas de pájaros se las habían comido.

-Ya encontraremos el camino -dijo Hansel.

Pero no lo encontraron. Caminaron toda la noche y aún todo el día siguiente sin poder salir del bosque. Al caer el sol del segundo día, estaban tan cansados y hambrientos que se echaron bajo un árbol y se durmieron.



A la tercera mañana el bosque se fue haciendo cada vez más espeso. Los niños sentían que estaban muy cerca de la muerte.

Hacia el mediodía, vieron un hermoso pajarito, blanco como la nieve, posado en una rama. Cantaba tan melodiosamente que se pararon a escucharlo.

Cuando el pájaro terminó su trino, agitó las alas y voló hacia ellos; siguiéndole, llegaron a una casita.

El pajarito se posó en el techo y cuando ellos se aproximaron, vieron que la casita estaba construida con galletitas y que su techo era de tarta. Las ventanas eran de resplandeciente caramelo.



Hansel extendió la mano y quebró un trocito del techo y Gretel, acercándose a los cristales, dio un mordisco. Entonces, se oyó una débil voz desde el interior:

*-¿Quién roe mi casita  
como una ardillita?*

Los niños respondieron:

*-La brisa, la brisa,  
que del cielo es la hija.*



Y siguieron comiendo sin inquietarse. Hansel, a quien el techo le había gustado mucho, desprendió un gran pedazo, y Gretel, que había sacado todo un panel redondo de la ventana, se sentó y dio buena cuenta de él.

